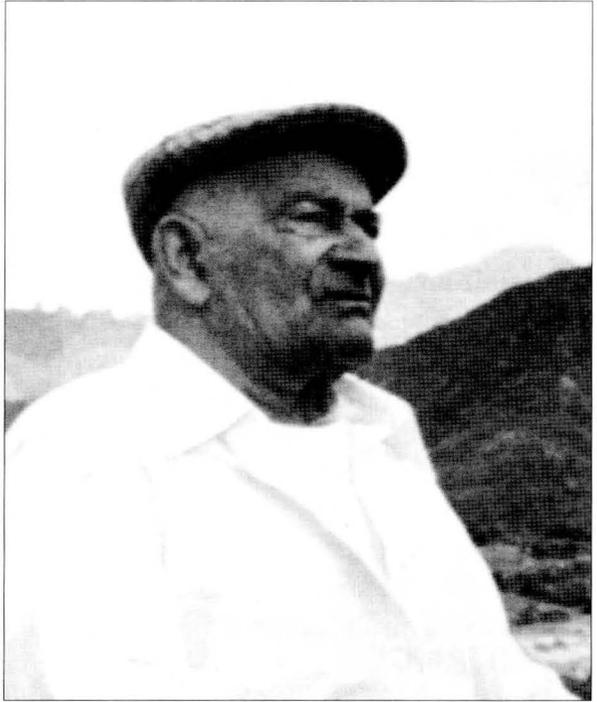


EL ESTILO ACOSTA DE JUEGO DEL PALO CANARIO. DE LA MEMORIA Y DEL CORAZÓN

Erika Hernández Acosta

Este artículo fue presentado y defendido como ponencia durante la sesión III (29/11/97) de las Jornadas Técnicas (Universidad de La Laguna, 28-29 de noviembre de 1997, sin publicar) del V Encuentro Canario de Juego del Palo (organizado por el Colectivo Universitario de Palo Canario –CUPC– dentro de los actos de su 25 Aniversario).



Polo Acosta a finales de los años ochenta.

Esta ponencia es a modo de tributo personal en recuerdo de mi abuelo, Polo Acosta. De alguna manera ésta es una cuestión que he tenido pendiente durante años y ahora se me ha brindado una buena oportunidad de llevarla a cabo, en relación con una de las cosas de esta vida que más lo llenaban, el juego del palo, su arte, aunque espero se me disculpe si hablo algo de otras muchas materias, porque a mi abuelo no se le podía encasillar fácilmente. Si el hombre se mide por sus aficiones, D. Polo Acosta era un hombre muy grande porque tenía muchas.

Mi abuelo, D. Leopoldo Acosta Acosta, nació en La Esperanza el 15 de diciembre de 1908. Padre de cuatro hijos y dos hijas, de los cuales la mayor de todos es mi madre, Dña. Erika Acosta. Sus hijos Pedro, Santos y Tato Acosta, fueron luchadores y, tanto Santos como Tato, grandes jugadores de palo, todo ello aprendido de su padre y de su tío Maximiliano Hernández Acosta. Durante los años veinte y treinta fue el encargado del ganado en la Granja Agrícola de Santa Cruz (actualmente Parque de La Granja), cui-

dando de vacas, cabras, ovejas, aves de corral, gallos de pelea y perros. Seguramente por eso a mi abuelo le gustaban tanto los animales. Luego, en los cincuenta, pasaría a ser capataz agrícola de esa Granja.

A Polo Acosta, en su juventud, lo llamaban de sobrenombre “*el loco*”, debido a su sobresaliente entusiasmo. Su extraordinaria vitalidad e incomparable imaginación que le hacían perder la cabeza lo mismo por una buena yunta de *vacas bastas*, las *haladas* y las carretas de las romerías eran su debilidad. Se sentía campeón de los perros de presa, y adonde quiera que fuera llevaba su afición; se dedicó a los perros de pelea hasta que decidió dejarlo en los años cincuenta. También fue criador y entrenador de gallos. La tenencia de las mejores cabras era otra de sus aficiones. Los caballos, aunque en aquellos años fueran un lujo casi de ricos, también ocuparon parte de su vida.

Otra de sus aficiones era el folklore. Personalmente recuerdo a mi abuelo y a mi abuela Edelmira Acosta bailando las folías y las malagueñas, y recuerdo también cómo me decía riéndose que lo mismo las bailaba en su juventud, pero con siete mujeres a la vez.

Y, por supuesto, está la lucha canaria: D. Polo Acosta no fue menos en este deporte vernáculo. Me cuenta mi tío Tato Acosta, que luchó en muchos de los equipos formados por mi abuelo, mi tío Santos y Juan Jerónimo Pérez (el *Tinguaro*, o el *Santa Cruz*, entre otros), cómo de aquéllos salieron grandes y buenos luchadores: “el pollo del Estadio”, “el pollo de Los Campitos”, “Perico” Perdomo, “Santana”, “Cabrerita”, “el Borreguín”, “el pollo de la Capital”, “el Salado de Los Campitos”, y muchos más.

También le entusiasmaba a mi abuelo, recuerdo perfectamente, cualquier tema relacionado con el ejército o con la política. A nadie se le esconde que era un hombre autoritario y de derechas, pero cualquiera que lo conociera sabía de sus buenos sentimientos y gran corazón. Era un hombre “serio”, que no “seco”, pues cuando había que bromear lo hacía como el que más. Así dominaba en él un carácter “apasionado”, pero, como persona inteligente y sabia, siempre se mostró respetuoso con los demás: fue un “Maestro de la Tierra”, que es la manera tan entrañable que tiene mi amigo Manuel Lorenzo Perera de llamar a nuestras anteriores generaciones, hombres y mujeres de nobleza y tradiciones.

LA FAMILIA Y LOS JUGADORES

Hablaré ahora del Juego del Palo. Por desgracia nunca aprendí esta tradición familiar de él, que es quien mejor la conocía, y esa magua me queda y me quedará. Así, para hablar del juego del palo de mi abuelo, que es el de su tío Sebastián, el de sus primos Maximiliano y Domingo, el de su sobrino Ramón y el de sus hijos Santos y Tato, he tenido que recurrir a la memoria y a los conocimientos de sus dos discípulos, mis tíos: Santos Acosta, que aprendió con su padre en los años cincuenta y su hermano menor Anastasio Acosta, “Tato”, jugador reconocido y probado en muchas exhibiciones junto a Polo y Santos, desde principios de los años setenta. También he contado con los recuerdos de mi madre, Erika Acosta, la mayor de sus hijos, quien habla con seguridad y desenvoltura de *puntas, atajados y variscasos* y del “*palo corto que jugaban los viejos de la familia, que es distinto del palo largo que juegan los chicos de la Universidad por televisión*”. Por último, y ante la imposibilidad de poder entrevistar a mi abuelo, he recurrido para tener alguna constancia de sus palabras a una entrevista que le hizo Jorge Domínguez Naranjo a principios de los ochenta¹, la cual coincide bastante con los recuerdos de mis familiares y que, por tanto, creo que se ajusta razonablemente a las que habrían sido las declaraciones de mi abuelo Polo entonces.

El Jugador más antiguo que se recuerda en la Familia de los Acosta es del período del cambio del siglo XIX al XX, Sebastián Acosta Bacallado, tío de Leopoldo Acosta y abuelo del famoso “Cabrerita”, puntal de la Lucha Canaria que también tuvo fama de buen Jugador de Palo. De su padre, es decir mi tatarabuelo, Ciriaco Acosta, no sabemos si jugaba o no, por eso el origen de la tradición es oscuro. Mi madre y mi tío Tato, cuando se les pregunta al respecto hacen siempre referencia a los “*viejos que fueron para Cuba*” y que trajeron el juego, sin que puedan dar muchos más detalles. En la entrevista que señalaba antes, mi abuelo hablaba de esto de la siguiente manera:

1. DOMÍNGUEZ NARANJO, Jorge: “El Juego del palo según los Acostas”. *La Sorriba*, año III n.º 21, marzo-abril, 1985.

“(…) Mi primera entrada en el Palo la tuve con Francisco Rigor. Al igual que Florentín Vera y Eugenio la Verga, estuvo en Cuba. Ellos ya sabían jugar al palo antes, pero cuando regresaron venían con otra idea”².

Precisamente, Maximiliano Hernández Acosta, primo de mi abuelo y que aprendió a jugar de su tío Sebastián, estuvo en Cuba; y allí, junto con otros paisanos, parece que tuvo que aprender a defenderse del machete “*de los negros cubanos*”, que decían ellos, con lo que tenían a mano y que conocían, los palos. Maximiliano después mejoró su juego con Francisco Morales, el jugador de San Andrés a finales de los treinta, que era hijo y discípulo de José Morales, quien a su vez había estado cuatro veces en Cuba. Dice mi tío Santos que el *palo corto*, que es el que juegan los Acosta, es el palo cubano:

“Lo trajeron los que fueron para Cuba. Recuerdo que los viejos decían: al negro le das en la cabeza y no lo tumbas y le das en los pies y sí lo tumbas. (Si sabes, claro)”.

Mi abuelo, Polo Acosta, aprendió a jugar en La Esperanza de sus dos primos, Maximiliano y Domingo Hernández Acosta, que eran de “*los que fueron para Cuba*”, y también, ya en la década de los treinta, cuando empezó a trabajar en Santa Cruz de Tenerife, aprendió con Francisco Morales, que enseñaba a jugar palo en San Andrés, siguiendo la tradición de su padre José. Mi abuelo siempre reconoció la maestría de D. Francisco Morales:

“(…) Francisco Morales fue el mejor jugador de palo. Muy completo, jugaba como usted quería, le jugaba por arriba o por abajo. Fue muy nombrado. No había jugadores para Francisco Morales, de ninguna parte. El estilo de Francisco Morales no lo tiene hoy ninguno de los que he visto”.

2. DOMÍNGUEZ NARANJO, Jorge: “El Juego del palo según los Acostas”. *La Sorriba*, año III n.º 21, marzo-abril, 1985.

“(...) Yo iba todas las tardes pues me gustaba mucho. Francisco Morales dio clases de palo hasta el año 36, cuando empezó la guerra eso se terminó. Morales murió cuando la guerra”³.

No obstante, su principal maestro fue su primo Maximiliano Hernández Acosta, con quien coincidía en Santa Cruz, y que también se pasaba por la escuela de Morales:

“(...) Pero mi verdadero maestro fue mi primo Maximiliano, que también aprendió con Francisco Morales. Entrenábamos duro, poníamos las costillas para que el otro pegara. Primero entrenábamos a darnos cuero, después jugábamos”⁴.

Maximiliano y mi abuelo entrenaban en la Fábrica del Curtido, en la antigua calle Los Molinos de Santa Cruz, que era donde Maximiliano trabajaba por las noches de guardián, y también donde vivía y trabajaba mi abuelo, en la Granja Agrícola, hoy Parque de La Granja. Lo hacían en la era o en una especie de salón grande sin techar, que se usaba para quemar el estiércol, y que fue marco habitual de desafíos entre los jugadores de palo. Mi tío Tato recuerda un “*entrenamiento a darse cuero*”, tan duro, que eriza. Esto sería ya a finales de los cincuenta:

“Recuerdo una tarde, en La Granja, que llegaron Maximiliano y mi padre de juerga (¡después de dos días...!). Venían de Taco “algo alegrillos” y se desafiaron el uno al otro a ver quién aguantaba más palos en la espalda. (Fue delante de la cuadra de las vacas).

– ¡Dame tú...!

(Le decía uno al otro). Y luego se daban con el palo, así estuvieron como media hora...

3. DOMÍNGUEZ NARANJO, Jorge: “El Juego del palo según los Acostas”. *La Sorriba*, año III n.º 21, marzo-abril, 1985.

4. DOMÍNGUEZ NARANJO, Jorge: “El Juego del palo según los Acostas”. *La Sorriba*, año III n.º 21, marzo-abril, 1985.

Mi madre nos gritaba que los separáramos, pero ¿quién se metía...?, nosotros éramos jovencillos y les teníamos respeto. Hasta que mi padre se desmayó y cayó de rodillas al suelo. Maximiliano lo levantó, se abrazaron y entraron en casa a tomar café”.

Según mi tío Tato, fue después de la guerra cuando comenzaron las exhibiciones de juego del palo, que se solían hacer en las luchadas, aunque, he oído que hubo algunas antes. Hablaban con D. Emilio Rivero, para hacer las exhibiciones entre lucha y lucha en la plaza de toros. También jugaban enfrentándose a otras familias, en la parte de San Andrés, sobre todo por la fiesta. Allí lo hicieron con la familia de “los Déniz”, ellos con el *palo largo*, y Maximiliano y mi abuelo con el *palo corto*. Luego se desafiaban para volver a jugar en la plaza de toros en Santa Cruz o en otros sitios. Otros lugares de encuentro fueron la Fiesta de Reglas en Los Llanos, la barriada La Victoria, la barriada García Escámez y la Granja Agrícola de Santa Cruz. De la misma manera se enfrentaban a veces Maximiliano y mi abuelo con “los Verga” de La Esperanza. Mi tío Santos Acosta, que empezaba a jugar en los años cincuenta, decía lo siguiente de esta época:

“Empecé a jugar al palo porque me desconsolaba viendo a los viejos, y porque lo llevaba en la sangre. De los primeros con quien jugué fue con Antonio Flores, el hijo de Pancho Flores el de Barranco Hondo. Él jugó con el palo largo y yo con el palo corto. (Yo tenía como 16 ó 17 años, ya usaba pantalón bajo). El problema es que él era un hombre bastante alto y no podía alcanzarlo (mas que yo jugaba con el palo corto). Al verme mi padre apurado, saltó él y se metió a jugar con Antonio: lo amagó y le dio un palo cruzado en el tronco de la oreja que le hizo saltar la sangre. Mi padre me dijo:

– Santillo, tienes que espabilarte más...

A partir de ahí empezó mi padre a entrenarme y a darme detalles.

De los antiguos, jugué con Maximiliano, con Tomás Déniz, con el hermano de Maximiliano, Domingo (que lo llamábamos “el Acordeón”, porque sabía tocar el acordeón), con Antonio Flores, el hijo de Pancho Flores, con mi padre, Polo Acosta, con mi primo Ramón y con mi Hermano, Tato Acosta.



Polo, Santos y Maximiliano a principios de los años setenta.

Jugábamos en las fiestas, en la de María Escámez jugábamos mi padre y Maximiliano y luego Ramón y yo”.

También me contó una curiosa anécdota sobre el no muy habitual juego con los Verga, al parecer porque por aquellos entonces eran familias amigas y no les gustaba enfrentarse con los palos:

“Cuando iba Polo Acosta a jugar a la plaza de toros decían a veces que salía ‘Polo el majorero’, porque si decían que era ‘Polo el de La Esperanza’, ya se lo pensaban más. Eso pasó en cierta ocasión con doña Luciana ‘la Verga’; cuando supo que iba a salir con Polo Acosta, el esperancero, se echó atrás y no jugó. Doña Luciana estaba advertida por el padre:

– ¡Cosio...!, ¿con quién te vas a meter?... No juegues con Polo, que te toca las nalgas con el palo...¡cosio...!

La familia de los Verga y los Acosta se tenían mucha amistad”.

Mi abuelo cambió de residencia el año 62, para el “*Valle Guerra*”, al convertirse la antigua Granja Agrícola en el Instituto de Investigaciones Agrícolas, que se instaló allí bajo la dirección del ingeniero Andrés Calderón, siendo conocida en la zona con el más sencillo título de “*La Finca del Estado*”. Y allí seguían entrenando por diversión, y en estos años se empezaron a enfrentar en muchas ocasiones los hijos de Maximiliano, entre los que destacaba como jugador Ramón Hernández, con los de Polo, mis tíos Santos y Tato Acosta, los únicos representantes vivos del antiguo estilo de *palo corto* de Leopoldo Acosta y Maximiliano Hernández. Mi tío Santos Acosta tiene 66 años, vive en Guayonje y está incapacitado para jugar a causa de un accidente. Tato tiene 57, vive en Geneto y también tuvo problemas en un pie, que lo mantuvieron algunos años alejado del entrenamiento. Santos Acosta, aprendió de su padre, Polo, y de su tío Maximiliano. Luego aprendió el otro hermano, Tato, a finales de los sesenta, de su padre y de su hermano mayor.

Pero no fue hasta el año 1969 ó 1970 que mi abuelo Polo y su hijo Santos volvieron a jugar al palo corto ante público. Fue fruto de una casualidad, ocurrida en una romería en La Orotava, en la cual, mi abuelo y mi tío, participaban luciendo sus yuntas en las carretas, como solían hacer en todas las romerías que podían. Así me contaba Santos Acosta esta reaparición ante el público:

“Cuando la romería pasaba nos dio por echarnos una punta con los palos que llevábamos en las manos. A los de la Comisión de Fiestas que nos observaban les pareció bonito y nos dijeron que si queríamos volver a echar unas puntas al pasar por la Tribuna para que el Alcalde y otras personalidades nos vieran. Así lo hicimos”.

Aquí Santos volvió a insistir en que este juego fue completamente espontáneo. Luego continuó:

“A la semana siguiente, que fue la Romería de San Benito, la Comisión, que se había enterado de lo que hicimos en La Orotava, nos fue a buscar a casa para que hiciéramos otra exhibición en La



Polo, Santos y Tato Acosta a mediados de los años setenta.

Laguna. Luego nos empezaron a llamar para otras fiestas de las islas y nosotros, que también practicábamos la lucha canaria, aprovechábamos y hacíamos las dos cosas: jugábamos al palo y echábamos unas luchas. Así estuvimos durante 6 ó 7 años, antes que Juan Jerónimo Pérez nos entrevistó y fotografió en su libro⁵. Mi hermano Tato, que nos había visto jugar tantas veces, se animó y comenzó a entrenar conmigo y con papá. La vez que salió fue en una de las Fiestas del Rosario en el 'Valleguerra'. Después de esto fuimos a Las Palmas y a Fuerteventura”.

5. PÉREZ, Juan Jerónimo: *Banot (Juego Guanche del palo). Su técnica, entrenamiento y reglamentación*. Santa Cruz de Tenerife, 1977.



Santos y Tato en Guayadeque (Gran Canaria) en 1978.

Como indicaba Santos en su anterior explicación, cuando Tato Acosta salió por primera vez a jugar en público, fue en relación con unas fiestas de El Rosario en los años setenta, en una época en que los llamaban todos los años para hacer exhibiciones de Juego del Palo. Precisamente, mi tío Tato me contó en una ocasión el modo, un tanto casual, en que empezó a entrenar y a jugar en serio, que fue precisamente para aquella ocasión.

Coincidió la fiesta con que mi abuelo estaba recién salido de la clínica y convaleciente de una enfermedad y, claro, no le convenía asistir aquel año a la exhibición. Así, convinieron Santos y Tato salir a jugar para no hacerle un feo a la Comisión de Fiestas, ya que iban todos los años, pero no le dijeron nada a Polo. De esta manera Tato, aunque estaba verde como jugador, comenzó a entrenar para sustituir a su padre.

El día indicado, bajaron a El Rosario, confiados en que al hombre, malo como estaba, no se le iba a ocurrir ir a jugar al palo. Pero, en medio de la exhibición, se oyó de repente un escorroso de sillas entre el público que se apartaba y apareció mi abuelo con el palo en la mano. Hecho una fiera, se metió en el círculo, se puso enfrente de mi tío Tato y se ensañó con él nada más empezar: le *tiró una punta* que el pobre novato no se la supo *atajar* con el palo sino con la espalda; con la misma lo soltó y salió corriendo de allí dentro, dejando solos a Santos y a mi abuelo, que continuaron con la exhibición. Tato, que ahora se ríe de aquello, me decía que oía a la gente gritar:

“¡Ganó el viejo!... ¡Ganó el viejo!...”.

Aunque dice que, el que realmente ganó algo allí, fue él mismo al salir corriendo, porque cuanto más se hubiera quedado, más leña habría alcanzado. A partir de entonces empezó a entrenar semanalmente con su padre y su hermano.

También me confirmaba Anastasio “Tato” Acosta que en esta época, ya a finales de los setenta, los tres jugadores de la familia hicieron exhibiciones en Fuerteventura y Gran Canaria. A Gran Canaria fueron los tres y jugaron en el Barranco de Guayadeque (esto fue en 1978 a cargo del proyecto Solidaridad Canaria); y, en Fuerteventura, recuerda Tato que estuvieron él y Santos un fin de semana, haciendo exhibiciones entre lucha y lucha:

“(...) llevamos el juego del palo corto, a Las Palmas y a Fuerteventura, dos años seguidos que los vinieron a buscar unos muchachos de la Universidad de Las Palmas”.

EL JUEGO DEL PALO Y LA GENTE DE ANTES

Según Anastasio Acosta, el Juego del Palo es un juego, pero también es un medio para defenderse de alguno si conviene. Viene al caso una historia que me contó de Maximiliano y Polo Acosta en los años cuarenta, que no es de juego y casi ni de palo, pero que, a pesar de todo, viene a cuento:

Maximiliano vivía por aquellos entonces en Santa Cruz de Tenerife, en la calle 18 de Julio, y había por allí un hombre que se enteró de que sabía jugar al palo y al que le dio por desafiarlo, diciéndole que se enfrentaran; que fuera Maximiliano con el palo y él con el cuchillo, porfiando que ni lo rozaría con el palo y que él lo picaría. A lo que el otro le contestó, sin hacerle mucho caso, que:

“...Bueno..., algún día...”.

Tenía por aquella época la costumbre de irse a tomar todos los días un café en el kiosco de la Plaza de La Paz. De modo que una tarde estaba tomándose el café de costumbre y le apareció el hombre aquél a desafiarlo, pero no vino solo, no, sino acompañado de otros seis *fulanos*, y encima aquel día se le había ocurrido salir sin el palo. Sin mediar muchas palabras, el individuo sacó el arma y se puso a dar cuchilladas como un loco, y Maximiliano, saltando de acá para allá, atinó a coger una silla para defenderse; la rompió de un golpe, quedándose con una pata en la mano, que usó con tino hasta que, de un palo, le pudo sacar el cuchillo al *tipo* aquél, no sin antes llevarse un tajo por encima de la nariz que lo acompañó toda su vida. El resto fue fácil, repartió leña hasta que se quedó solo. Luego vino corriendo a buscar a mi abuelo a la Granja, y salieron los dos palo en mano y a la carrera, para el barrio de El Toscal, a buscar a los siete abusadores que eran de allí, aunque no hubo forma de hallarlos por ningún lado.

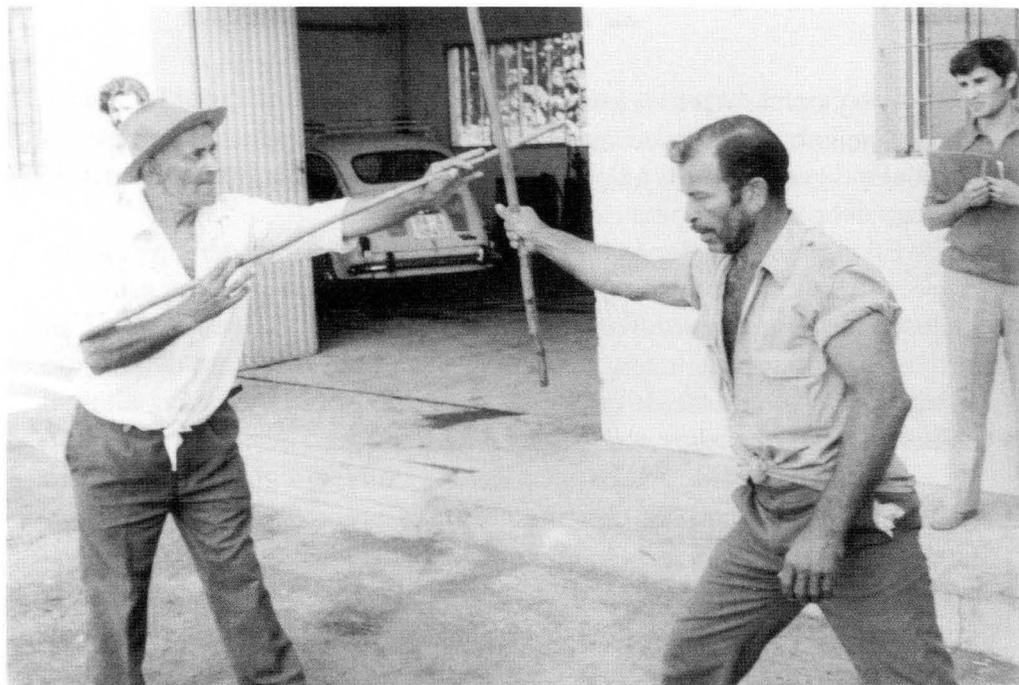
Pero, peleas a parte, había juego del palo. Aunque, por lo que he podido ver hablando con mis mayores, antes la gente tenía una forma muy particular de entender los juegos, que además no era siempre la misma. Y el juego del palo no era una excepción.

En algunas ocasiones los juegos eran duros, como señalaba antes respecto a los entrenamientos “*a darse cuero*” de mi abuelo y su primo. E incluso, cosas que empezaban como medio juego, medio desafío, podían acabar de forma bastante fea, tal es el caso de cierto encuentro del que fue testigo mi abuelo, acaecido entre Cho Gregorio Benítez y Pancho Flores, el de La Esperanza, que me gustaría contar:

Estaban jugando a la baraja los tres y como Gregorio y Pancho no se entendieron mucho, entraron en porfias. En una de éstas en que Cho Gregorio se las echaba de jugador de palo, Pancho Flores “*que sólo jugaba a palo largo*”⁶; según mi abuelo desafió a Gregorio Benítez diciéndole que si era tan bueno con el palo a ver si podía con él, palo en mano, y con su perro que lo tenía por allí. Y Cho Gregorio aceptó el reto, diciéndole que “*con los dos*”, porque no les tenía miedo ni al perro ni a él.

Salieron al camino y convinieron cómo serían los asaltos, unos echándole el perro y otros tirándole con el palo. Así empezaron y se echaron algunos. Pero, como Cho Gregorio se iba defendiendo bien, Pancho Flores se calentaba. Y como no era rival para aquél con el palo, a cambio le fue ensanguinando al perro cada vez más. Hasta tal punto se pusieron serias las embestidas del perro que Cho Gregorio *encorajinado*, soltó de repente el palo, tiró del cuchillo que llevaba al cinto y se lo enterró al animal. Pancho Flores, que se asustó al ver de pronto a Gregorio mal encarado y cuchillo en-sangrentado en mano, soltó inmediatamente su palo apresurándose a aplacar al otro pidiéndole disculpas por un juego que había ido demasiado lejos. Y, ¡cómo son las cosas de antes!, se dieron la mano y volvieron a ser amigos. El que se llevó la peor parte fue el pobre perro, que no sé si salió vivo del encuentro o no.

6. DOMÍNGUEZ NARANJO, Jorge: “El Juego del palo según los Acostas”. *La Sorriba*, año III n.º 21, marzo-abril, 1985.



Polo y Santos a mediados de los años setenta, atajado a mano suelta.

Pero otras veces, el juego del palo era un simple juego de habilidad, una cosa natural que salía por sí sola. Así me cuentan que cuando se encontraban en los caminos los conocidos, se saludaban y siendo jugadores de palo y, llevándose, como se llevaba, siempre un palo para caminar o para lucirlo, se decían:

“Compadre..., ¿nos echamos una punta?”.

Se la *echaban* un rato, luego se abrazaban, se despedían y hasta más ver.

También me cuentan de un juego de palo pactado de una forma más concreta, que era diferente del juego ocasional entre amigos. Se hacía en otros tiempos, a veces como entrenamiento entre gente conocida que jugaba junta habitualmente, pero también entre otras personas, que eran re-

putados jugadores: incluso se llegaban a celebrar una especie de desafíos o competencias de juego de palo, que no eran duelos (que también los había, pero ésa es otra historia). Así, en palabras de Tato Acosta:

“(...) Sí había competencia, pero sólo entre los jugadores antiguos. Para eso se desafiaban en las fiestas y en los bailes”.

Cuando salían a jugar, las normas las ponían los adversarios, los propios jugadores, y, por lo general, los encuentros no excedían de los 3 minutos:

“(...) más no, porque te cansas...”.

Se ponía siempre una especie de árbitro, que le decían “*el hombre bueno*”, que era el que se encargaba de hacer cumplir las normas establecidas, ponía en su lugar a cada jugador, daba el comienzo y paraba el juego, y era el que anotaba las veces que un jugador tocaba en el cuerpo al otro con el palo, o lo que se hubiera pactado. En general “*vencía*” el que más veces tocaba al otro, porque *anotaba más puntos*. El hombre bueno, tenía que andar rápido, según dice mi tío:

“(...) porque no hay parada hasta los tres minutos, aunque el otro le toque con el palo”.

Se entiende que este hombre bueno tendría que ser un jugador de prestigio reconocido, al que nadie le fuera a cuestionar sus decisiones y al que no se le descontrolaran las situaciones. No obstante, parece que los participantes no solían venir solos, sino que se traían unos acompañantes de prestigio y respeto, como unos padrinos. Valga como ejemplo un cuento de Anastasio Acosta sobre un desafío de su padre con “Alvarito el de San Andrés” en los años cincuenta. Este Alvarito fue discípulo de Francisco Morales y tenía fama de jugador difícil, en palabras de mi abuelo:

“(...) De los que enseñó él (F. Morales) recuerdo a Alvarito, que jugaba por abajo. Era rastrero, se le metía dentro quisiera usted o no quisiera. Había que andarse liviano con él, se colaba”⁷.

Este desafío, como tantos otros, pudo haber acabado en algo más que juego del palo, lo que demuestra hasta qué punto estas competencias no tenían reglas claras, ni se podrían entender en estos tiempos actuales:

“En una ocasión, Alvarito el de San Andrés, desafió a Polo Acosta. Mi padre aceptó el desafío y quedaron en la Granja Agrícola para enfrentarse (¡lo recuerdo como si los estuviera viendo ahora mismo!) Mi padre mandó a buscar al primo Maximiliano y los estaban esperando, a Alvarito y a Tomás Déniz, que lo acompañaba (fue un lunes). Fue en el salón donde ponían el estiércol de las vacas. Ellos abajo y los demás nos quedamos encima de la pared. No hicieron más que empezar..., mi padre le rompió la cuadra...: ¡Quitándole el palo con la izquierda... y dándole una cachetada con la derecha...! En seguida los demás mandaron a parar..., se abrazaron los dos y ¡más nunca...!

Pasados los años me encontré a don Alvarito, viejito ya, y me dijo:

–¿Y tú eres hijo de Polo Acosta?... ¡Pues en una ocasión tu padre me quitó el palo y me cogió la cara!...”

EL JUEGO DEL PALO DE LOS ACOSTA

Debo decir algo en estas líneas de las características técnicas del juego del palo que jugaba mi abuelo y mantiene mi tío Tato. Ya he señalado que yo no sé jugar al palo y por eso, aunque me he intentado asesorar mediante

7. DOMÍNGUEZ NARANJO, Jorge: “El Juego del palo según los Acostas”. *La Sorriba*, año III n.º 21, marzo-abril, 1985.

algunos libros⁸ además del antes mencionado artículo de J. Domínguez⁹, me ha parecido que lo más lógico es dejar hablar a las dos únicas personas vivas que jugaron y aprendieron con Polo Acosta, sus hijos Santos y Anastasio Acosta. El primero llegó a aprender también de Maximiliano Hernández Acosta, el otro maestro familiar, y el segundo es el único jugador en activo que realmente juega “*como los viejos*” de la familia, a *palo corto*. Así transcribiré las respuestas que me dieron a determinadas preguntas.

En primer lugar, quise saber qué hacía diferente el juego de los Acosta y si ese juego se había transmitido de forma fiel. La respuesta, tanto de Tato como de mi madre Erika, fue que los Acosta siempre jugaron el que llaman todavía *palo corto*. Salvo alguna excepción que me señaló mi tío Santos, como la de Antonio Acosta, que jugaba algo a *palo largo* “alguna punta”:

“(…) aprendió alguna punta al palo largo de José Ramos, que era del Ortigal”.

Para los Acosta, *jugar a palo corto* significa jugar con su palo característico, entre 1,10 y 1,15 m y, según mi tío Santos:

“(…) de almendrero o membrillero, y que sea más finito por la punta que por el trozo”.

Este palo es corto en comparación con el más habitual de otros estilos de Tenerife, que suele rondar el metro cuarenta centímetros, y al que mis tíos (y mi abuelo y su primo) llaman *palo largo*. Es cierto que el *palo corto* se usa a poca distancia y se agarra de una forma más centrada, y esto cambia la perspectiva; pero, además, es bastante más corto que el que usan en otras partes, por eso lo llaman así. Dice Tato al respecto:

-
8. PÉREZ, Juan Jerónimo: *Banot (Juego Guanche del palo). Su técnica, entrenamiento y reglamentación*. Santa Cruz de Tenerife, 1977. GONZÁLEZ TORRES, Ángel y MARTÍNEZ GARCÍA, Guillermo: *El Juego del Palo Canario*. Centro de la Cultura Popular Canaria. Santa Cruz de Tenerife, 1992.
 9. DOMÍNGUEZ NARANJO, Jorge: “El Juego del palo según los Acostas”. *La Sorriba*, año III n.º 21, marzo-abril, 1985.

“(...) es el tamaño, porque se puede manejar por abajo, casi nunca se saca por arriba. Por abajo tiene más rapidez y el adversario te puede controlar menos”

Y también dice lo siguiente:

“Este estilo de palo corto lo jugaban Maximiliano y Polo. Mi padre se lo enseñó a mi hermano Santos, y Santos y mi padre me lo enseñaron a mí”.

Cuando le pregunté si se podía jugar con *palo corto* contra *palo largo*, ya que me había hablado de desafíos y juegos con gente de *palo largo*, me contestó:

“El palo largo y palo corto se pueden combinar, pero el que juegue con el palo corto tiene que tener cuidado con las puntas del palo largo cuando te viene de frente. Hay que tener reflejos para saber atajar esa punta. Sólo mi padre, Polo, sabía hacerlo: le quitaba la cuadra al del palo largo con la punta del palo corto y te daba con la mano en la cara, por el otro lado”.

Y añadió:

“Otra forma de jugar el palo corto es con la rodilla en tierra. Así sí se echan las puntas tanto por abajo como por arriba, pero siempre cuadrado para defenderte. Esta manera la hacían Maximiliano y Polo Acosta”.

Mi tío Santos me comentó sobre el *palo corto de los viejos* que era una cosa de agilidad:

“Mi padre y Maximiliano dominaban el palo y eran livianos, ¡tenían sangre! Mi padre te miraba a ver por dónde te podía encontrar descubierto, saltaba, se te colocaba por la espalda y te daba”.

También me explicó, bastante detalladamente, un lance de juego de los primeros que tuvo fuera de la familia, que además me llamó la atención porque usaba la palabra *lata*, que la verdad, me confundió un poco hasta que me explicó que era otra forma de decir *palo*:

“Una vez vino un canarión a dar con mi padre para ver cómo jugaba y para jugar con él. Mi padre me dijo que el que iba a jugar era yo y que a ver si me ageitaba. Cogí una lata y comenzamos. Él sacó el palo hacia arriba, por la cabeza, y yo me atajé; con la otra punta le tiré a la rodilla y seguido le di en el pescuezo. El canarión dijo:

– ¿Pero cómo es eso...?

Empezamos de nuevo y le di otro zurriagazo. No se sabía atajar”.

Sobre el agarre del *palo corto*, Tato me señaló que es verdad que el palo aparenta más largo o más corto según quien lo tenga agarrado, pero el corto tiene su agarre diferenciado.

“El palo corto hay que agarrarlo casi al medio con la mano derecha. Se va deslizando dentro de la mano hacia arriba o hacia abajo, utilizando tanto la punta, que es un poco más fina, como el trozo. La mano izquierda ayuda a la derecha, cuidando de que nunca esté el palo aprisionado ni por los dedos ni por la mano. Debe estar agarrado con flexibilidad pero con firmeza, para que no te lo quiten de las manos. Nosotros tampoco cruzamos las manos porque el otro te da en los dedos”.

También me contaron muchas otras cuestiones técnicas más concretas sobre el juego, de las cuales he cogido un poco a vuelapluma las que me señalaron como más importantes, por ejemplo, la siguiente recomendación de Tato:

“Hay que respetar siempre la cuadra... El pie derecho adelante y el izquierdo atrás. Te vas moviendo hacia adelante y hacia atrás, sin perder la cuadra, porque si la pierdes te quedas como los boxeadores, desarbolado, y el otro se mete en tu terreno. Se te mete dentro, a darte en el cuerpo”.

Santos me decía al respecto de la *cuadra* o *escuadra* lo que sigue:

“La clave del juego del palo es que el resguardo de tu cuerpo está en mantener siempre la escuadra”.

Y Tato me daba otras explicaciones sobre el juego:

“La cintura te ayuda a esquivar las puntas que te tira el otro, y las piernas también. Que deben moverse lo más rápido posible.

No se debe mirar al palo del otro, sino a los ojos, que son los que te dicen por dónde va a tirar las puntas”.

Me llamó especialmente la atención la respuesta que me dio Tato cuando le pregunté por las *esquivas*, o *vacíos*, que había leído en alguno de los libros de palo que yo había consultado y que a veces le oí comentar. Me dijo que algunas se hacen, pero que para jugar bien al palo había que *atajar* las *puntas*, que es el nombre genérico que da a los ataques, porque es la única manera de saber que se han parado realmente. Me lo resumió en una frase:

“Si atajas la punta, los palos estallan”.

Santos coincide en este aspecto de los *atajados* totalmente, haciendo mención a las enseñanzas de su padre, que era quien sabía:

“Mi padre, si no te tocaba con el palo, decía que entonces no era juego del palo. Si quieres saber jugar de verdad, tienes que jugar con otro que sepa”.

Luego hablamos de las maderas que usaban para sacar los palos, que eran de árboles frutales, que no tuvieran cáscara ni nudos y que no se estallasen, como el *ciruelero*, el *membrillero* o el *almendrero* (me dice que estos dos últimos son los más fuertes). Pero también se hacían de *afollao*, *palo blanco* o *granadillo*. No les ponían ni argollas ni chinchetas, como se veía en otras partes.

Por último, me dieron algunos consejos por si quería aprender, que me ha parecido bien enumerarlos y presentarlos en este trabajo, por si son útiles para alguien. Los siguientes son de Anastasio Acosta:

1. *Tienes que aprender a coger el palo con la mano y a manejarlo sin tensión.*
2. *Tienes que mantener tu cuadra intentando no perderla nunca.*
3. *Tienes que aprender las puntas (ataques). Tanto a tirarlos como a atajarlos. Las puntas van hacia la cabeza, el pescuezo (los lados del cuello), a los hombros y a los lados de las piernas. También si está el otro desprevenido se tiran a los lados de la espalda (costados).*
4. *Tienes que entrenar todos los días. Antes nos echábamos vinagre en la espalda y en los muslos, por las puntas que pudiéramos alcanzar. También puedes entrenar tú solo amarrando un palo por el centro a una viga y le vas dando por un lado y por otro. Al mismo tiempo tienes que atajar, según por dónde te venga el palo. De esta manera tienen que tener más rapidez.*
5. *No debes de apoyar nunca todo el cuerpo en el palo cuando está de pie, porque viene otro y te lo quita, y pierdes el equilibrio”.*

Santos Acosta, por su parte, me señaló algunas otras cuestiones que creyó importantes, como el *coger el palo por el centro y sacarlo por debajo* casi siempre, incluso *por debajo del brazo*. Me dijo también que hay que *cambiar las manos*, evitando que *se crucen*, usando del *juego de cintura* y el *cambio del pie* y, sobre todo, me dijo que había que evitar en todo momento el *quedarse descubierto*.

Para acabar me dijo esta frase como resumen didáctico:

“El juego del palo es un juego muy finito: tienes que ser diestro y tener arte e ideas. Tienes que aprender, primero que nada, a cuadrarte, a cubrirte y luego a saber tirar las puntas y a saber amagar”.

Y, terminando con el juego del palo, he de destacar cómo mi primo Cristín Acosta —que desde que tenía ocho años se sentaba en el patio a ver jugar a su padre Santos, a mi abuelo y a mi tío Tato— cogió el palito y se puso a aprender, ya en los años ochenta. Él dice que mi abuelo nada más que le enseñó un par de trucos, pero tanto Tato como Santos creen que tiene el estilo de la familia y esto me hace pensar en que hay futuro para el antiguo *palo corto* de los Acosta, el que trajeron los viejos *que se fueron para Cuba*. Pero todo esto del futuro lo dejaré para un posterior trabajo, éste es en honor del pasado que nunca se debe olvidar.

Quiero terminar esta ponencia diciendo que me resulta muy penoso no haber cogido lápiz y papel y haberle hecho personalmente a mi abuelo muchas preguntas, como las que he hecho a mis tíos y a mi madre. No obstante, creo que he conseguido recoger aquí muchos recuerdos y vivencias de sus hijos y de sus nietos, que tuvimos la gran suerte de convivir con él y con mi abuela Edelmira, aprendiendo todo lo que pudimos de ellos dos, que fue mucho y variado, pero que yo resumiría en la palabra: “Respeto”. “*El respeto a los demás es lo más bonito*”, decían mis abuelos, y ésa es la mayor enseñanza que se puede sacar de su recuerdo. De ahí el título que le di a este trabajo: **De la Memoria y del Corazón**. En la memoria es donde guardamos los recuerdos, las anécdotas, y es en el corazón donde guardamos el cariño y la admiración que todos te profesamos:

Tus hijos y tus nietos, a Polo Acosta.